



AÑO VI.—NUM. 263

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid, 24 de mayo de 1934



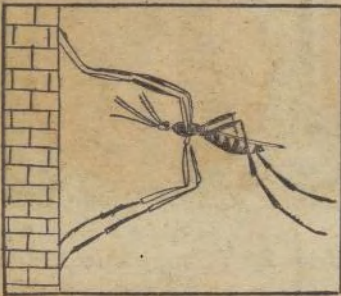
EN LA SELVA CIVILIZADA = EL ENCANTADOR DE LOMBRICES.



EN SERIO Y EN BROMA

Este mosquito que veís reproducido a un tamaño tres veces mayor que el natural, es un enemigo pequeño, pero terrible, del hombre. Es el que le transmite la enfermedad del paludismo. Se llama "anófeles".

Un individuo atacado de paludismo



no puede contagiar a otro, sino por mediación de este mosquito. El "anófeles" chupa la sangre del enfermo, y con ella los gérmenes de la enfermedad, que se desarrollan en su estómago, y después son inoculados en la sangre de otra persona cuando el mosquito va a chupar su sangre. El microbio del paludismo se reproduce con tal facilidad y rapidez, que en un período de cuarenta y ocho a setenta y dos horas, un solo microbio puede producir veinticinco millones de ellos.



El chico a la institutriz francesa: —¿Cómo hacen los gatos franceses para decir "miau"?

El "Kennel Club" inglés ha premiado en una exposición a este perro peludo, que es una verdadera curiosidad. Llamó la atención del público por su negro y rizado pelo, tan denso y largo, que venía a formar como un rico manto o un grueso abrigo.

Esta raza de perros se distingue



también, según dicen los entendidos, por su inteligencia y por la facilidad con que aprenden toda clase de juegos, por lo que son particularmente apreciados para los circo.

Su aspecto, en cambio, no es muy simpático, que digamos. Más que un perro parece un fenómeno, o un anuncio de una loción infalible para hacer crecer el pelo.



—¿Ve usted? He instalado al lorito delante del teléfono, y le he enseñado a oprimir el botón y a

estarse gritando todo el día: "¡Central! ¡Central!..." Así, alguna que otra vez, consigo que me contesten.

Si es exacta la máxima del doctor Draper, que decía que la civilización de un pueblo puede medirse por la cantidad de agua y jabón que consume, habremos de convenir en que los antiguos romanos estaban más civilizados



que nosotros. En efecto; en Roma había 11 grandes termas, entre las que se distinguían por su magnificencia las de Caracalla, y, además, 856 establecimientos particulares de baños. Para surtir de agua a todos ellos y a las fuentes públicas, entraban en la ciudad catorce acueductos, y por ellos 1.500 millones diarios de litros de agua, que equivalían a 5.400 litros diarios por habitante. Sólo Agripa, mientras fué edil, construyó 700 pilones, 500 fuentes y 130 aljibes. Actualmente, Londres, que pasa por ser una de las ciudades más limpias, sólo tiene 60 litros diarios de agua por habitante.

Conocían también los romanos y usaban el jabón. En las ruinas de Pompeya se encuentran trozos en los establecimientos de baños públicos y en las casas particulares.



—¿Y qué sabe usted de cocina? —Pues sé abrir las latas de conserva.

Para limpiarse la dentadura, se puede hacer en casa un excelente y económico polvo dentífrico, reduciendo a polvo fino cuarenta gramos de pan carbonizado o de carbón vegetal, y mezclándolo con dos gramos de magnesia.

Si se quiere aromatizar, pueden agregarse 20 centigramos de esencia de menta.



En el Sur del Brasil hay un pez que parece un ave. Le llaman en aquel país "Chanchito", esto es, "cerdito", por más que su aspecto no tenga nada que ver con el puerco. Sus costumbres son tan curiosas como su aspecto. Aunque de reducido tamaño, el chanchito se atreve con los más enormes peces, y haciéndoles la guerra pasa buena parte de su vida. Pone los huevos en cualquier sitio, y cuando de ellos van a salir crías, los lleva a un agujero que ha hecho previamente en el suelo, donde los nuevos pececitos estarán resguardados

Un parecido asombroso



Siete meses mortales llevaba parado el actor cómico Nicanor Tortolilla, sin que le hubiesen contratado siquiera para hacer de maldito en el "Tenorio", cuando paseándose un día por la calle y viendo al conocido banquero don Pantaleón Tragaduros, que montaba en su soberbio "Rolls", le oyó decir a su chófer: "Toribio,

lévame a la estación y no me esperes en cinco días, porque me voy al extranjero." Al mismo tiempo Tortolilla advirtió con asombro que entre él y el banquero don Pantaleón existía un parecido sorprendente, hasta en la voz. Sólo se diferenciaban en que Tortolilla no usaba bigote. El hambre le hizo tomar a Nicanor una determinación atrevida. Se haría pasar, durante cinco días, por el banquero, y se des-



quitaria del hambre atrasada. Después, que le quitasen lo bailado. Se compró un bigote postizo, le pidió prestado a un amigo un traje elegante y quedó caracterizado de don Pantaleón Tragaduros. Después de darse un banquetazo en casa del banquero, donde hasta el criado le confundió con su auténtico amo, salió a darse un paseo por el campo. De pronto

se le echa encima un individuo mal trajeado, y mientras le administra una soberbia paliza, le grita furioso: "Bandido, miserable! Tú has sido causa de mi ruina por haberme recomendado unas acciones que valen menos que el papel de envolver!" Y el pobre Tortolilla tuvo que salir por pies hacia la ciudad. Poco después tuvo otro mal encuentro. Dos apaches le



detuvieron con este cariñoso saludo: "¿Qué hay, querido 'Panta'? Desde que eres rico y banquero, te olvidas de tus antiguos socios. Pero ahora nos tienes que dejar un recuerdo que valga la pena." Y le propinaron un golpe de matraca en la nuca, que le hizo perder el sentido. Cuando volvió en sí, se halló sentado ante una mesa entre sus dos "amigos". "¡Ea!

Firmanos este cheque si quieres salvar la pelleja." El desventurado Tortolilla tuvo que quitarse el bigote para demostrar que él no era "Panta" ni banquero, y con tan fausto motivo recibió nuevas demostraciones de afecto de los apaches. Molido, llegó a casa del señor Tragaduros, pensando desquitarse con una succulenta cena, cuando el criado le dijo que dos



señores le esperaban en el despacho. Eran dos policías, que le esposaron y le llevaron a la Comisaría, en virtud de una orden de detención dada contra don Pantaleón Tragaduros. En la Comisaría pasó la pena negra para justificar su identidad sin que se le acusase de suplantación de personalidad. Por fin, el comisario, que había conocido a Nicanor en las tablas y se había reído mucho con él, vién-

dole representar "Serafin el pinturero", acabó por dejarlo libre al recibir un telegrama en que se le notificaba que había sido detenido en la frontera el verdadero don Pantaleón. Nuestro Nicanor Tortolilla se retiró a su casa jurando no volver a representar papeles fuera del teatro, y precisamente aquél día recibió una magnífica oferta de un conocido empresario. ¡Tortolilla era feliz!



—¡Oh! Este cerdito es inteligentísimo. Así que me ve subir de la bodega con una botella ya pone el rabo en forma de sacacorchos,

E. A. J. 2 RADIO ESPAÑA

Jueves infantiles JEROMIN

¿No habéis oído los jueves infantiles que por medio de RADIO ESPAÑA radia JEROMIN?

Pues si queréis oír a vuestros amigos favoritos conectad todos los jueves con esta emisora. E. A. J. 2. Jueves infantiles JEROMIN.



—Oiga usted, camarero, esa sopa tarda mucho.

—No se extrañe el señor; tenga en cuenta que es sopa de tortuga.

Francisco Mulet Marzal, 13 años, Gata de Gorgos (Alicante),

UN GOLPE DE VIENTO



El hijo de la celeste República Chung-Ta-Ching, salió a dar un paseo en su caballo, negro como una noche sin luna. De pronto comenzó a llover, y Chung-Ta-



Ching decidió regresar a su casa en busca del paraguas. Es de advertir que en China no hay ninguna ley que prohíba ir a caballo y con paraguas. Pero su casa distaba



más de cinco leguas y la cosa se fué poniendo feísima en el camino. Entre las ráfagas del huracán comenzaron a flotar al viento la cola penachuda del corcel y la coleta



semipostiza del caballero; se enzarzaron ambos apéndices; el noble bruto se desbocó y desmontó a su jinete, el cual tuvo que felicitarle de que su coleta fuese semipostiza.

VERDADES Y MENTIRAS

¡Me he vuelto loco!

El viejo Hagiage, un califa famoso por su crueldad, determinó una vez realizar un viaje solo y de incógnito por su imperio. Ca-



minando cierto día, se encontró con un árabe que también iba solo y le dijo:

—Salud, amigo. ¿Qué juicio te merece el sultán Hagiage?

—Hagiage no es un hombre—respondió el árabe—; es un monstruo.

—¿Un monstruo! ¿Porqué?

—Por sus innumerables crímenes—afirmó convencido el interpe-

lado.

—¿Has visto tú alguna vez a Hagiage?

—No.

—Pues ahora puedes verlo bien. Yo soy Hagiage.

El árabe no perdió la serenidad. Sin demostrar la menor sorpresa, miró fijamente a su compañero de

viaje y le preguntó a su vez:

—Y vos, Hagiage, ¿sabéis quién soy yo?

—No lo sé—respondió el Califa.

—Pues lo vais a saber. Yo per-

tenezco a la familia Zobair, en la cual es tradición que cada uno de sus miembros se vuelve loco un día cada año. Hoy me ha tocado a mí.

El sultán quedó desarmado ante la serenidad de aquél árabe. Se sonrió y le perdonó.

Un impuesto sobre el talento

Un pedante arbitrario, muy pagado de su ingenio, sugirió a un ministro la idea de crear un impuesto sobre el talento.



—Todos se apresuraron a pagarlo—explicaba el pedante—, porque nadie querrá ser tenido por tonto.

—¡Magnífica idea!—exclamó el ministro—. La pondré en práctica y os prometo que quedaréis exento de pagar el nuevo impuesto.

¿Para qué sirven los exámenes?

Aseguran muchos que los exámenes no tienen eficacia alguna ni sirven para demostrar nada, porque por una parte se puede embarrullar al más sabio con una serie de preguntas bien amañadas, y por otra, hay muchachos que sin

saber nada tienen un desparpajo admirable para responder a todo. A este propósito contaba el profesor Huxley la siguiente anécdota:

—Había una vez un muchacho que respondía con aplomo increíble a todo cuanto se le preguntaba, sin demostrar la menor extrañeza ante las preguntas, por raras que fuesen. Intrigado ante aquel caso tan prodigioso, Huxley le habló al muchacho de una cascada desconocida, que el profesor había tenido ocasión de visitar en un viaje suyo por Jamaica. Seguro de que por fin iba a coger al examinado en algo que tenía que confesar que ignoraba, le preguntó mirándole fijamente, qué altura tenía aquella cascada.

El muchacho pareció desconcertarse de momento, pero reponiéndose al instante, respondió muy serio: —¡Trescientos veintiséis pies!



—¿Y cómo diablos lo sabe usted?

—preguntó intrigado Huxley. —Porque precisamente esa cascada está en una finca de mi padre...

COMPETENCIA



Floridor estaba por los procedimientos clásicos y naturales, y Chispazo por las conquistas del progreso. Floridor defendía las excelencias del caballo, y Chispazo las



del automóvil. Se encontraron en un paso a nivel que tenía echadas las barreras. El caballo de Floridor saltó las vallas con limpieza, y su jinete se despidió con exqui-



sita cortesía del automovilista, que tendría que esperar un ratito. ¡El rápido traía tres horas de retraso! Pero a Chispazo no lo achicaba nadie. Precisamente su últi-



mo invento era un saltabarreras que quitaba la cabeza y parte del ouello. El aparato funcionó, el caballo se encabritó, Floridor rodó y el progreso triunfó.

LA SORPRESA DE CELESTINO



En lo más recóndito de su bodega guardaba el tío Calixto el tabernero una pipa del mejor vino que habían producido los viñedos de Valdepeñas. Pero el tío Calixto tenía otra alhaja que valía tanto como el Valdepeñas de marras, y era su dependiente Celestino, que en poco tiempo fué trasgando a su estómago el contenido de la cé-

lebre vesija. Llegó un día en que el tío Calixto advirtió que en su pipa no quedaba ni gota, y puesto a pensar, la rubicundez de la nariz de Celestino le dio el secreto de todo. Pero a él se las pagaba Celestino. Compró una pipa nueva y se la presentó al mancebo, haciéndole un cálido panegírico del caldo que contenía. Al día siguiente—la

cosa era natural—, Celestino quiso comparar las calidades, y con un berbiquí se puso a perforar el recipiente. Mas ¡oh sorpresa! El contenido era el mismísimo tío Calixto, que salió en forma corpórea, y llevando a Celestino hasta la puerta de la calle, le indicó cuál era el más próximo establecimiento donde se vendían buenos vinos.

LOS MARAVILLOSOS VIAJES DE GULLIVER.



CAPITULO PRIMERO

(Continuación)

Al cabo de estas nueve horas de sueño, quise levantarme; mas no pude. Yo me había echado de espaldas, y me encontré amarrado contra el suelo por las cuatro extremidades; el pelo sujeto de



la misma manera, y una porción de ligaduras muy delgaditas rodeaban mi cuerpo desde los sobacos hasta los muslos. El sol principiaba a calentar, y como no podía mirar a otra parte, sin tener modo de averiguar la causa de un murmullo muy confuso que oía alrededor de mí, hasta que sentí que se movía una cosa sobre la pierna izquierda, que adelantándose suavemente hacia el pecho, subió hasta cerca de la barba.

¡Cuál fué mi admiración cuando vi una figurita de criatura humana, alto como de seis pulgadas lo más, arco y flecha en mano, y su aljaba a la espalda! Seguíale otros cuarenta de la misma especie. No pude menos de romper en tan destemplados gritos, que atemorizados huyeron todos aquellos animalillos, y aún hubo algunos, según supe después, que recibieron golpe mortal por haberse arrojado precipitadamente de mi cuerpo al suelo. Pero no tardaron en volver, y uno

de ellos, que tuvo la bizzarria de acercarse tanto, que pudo descubrir bien todas las facciones de mi rostro, levantando las manos y los ojos por una especie de admiración, exclamó en una voz áspera, pero inteligible: "Hekinat Degul", y los demás repitieron varias veces las mismas palabras, aunque entonces no comprendí el sentido. Cada vez se aumentaba más mi sorpresa; imaginé el lector si se viese en caso igual; en fin, continuando

mis esfuerzos, tuve la fortuna de romper los cordeles o hilos del brazo izquierdo, que estaba sujeto a una estaca, la cual no había visto hasta que cedieron algo las ligaduras. Fui a hacer lo mismo con las del pelo; pero sentí un dolor tan fuerte al tiempo de tirar, que solamente conseguí dejar en movimiento li-



bre la cabeza, porque aflojaron los cordeles, los cuales eran más finos que los mismos cabellos. Apenas lo advertieron, echaron a huir con destemplados chillidos. Cesó el rumor, y oyendo que uno de ellos daba las voces: "Tolgo Phonac", sentí al mismo tiempo herida la mano derecha con más de cien flechas que me picaban como si fuesen otras tantas agujas; sucesivamente hicieron otra descarga al aire, al modo de nuestras bombas en Europa, y yo creo que algunas de ellas caían parabólicamente sobre mi cuerpo, aunque no las distinguía, y otras daban en la cara, que procuré tapar con la mano derecha. Pasó esta granizada, y yo volví

a probar de levantarme; entonces me dieron otra descarga mayor que la primera, y algunos procuraban herirme con lanzas; salvóme el que mi chupa de ante fuera impenetrable. Entonces llegué a conocer que lo más conveniente era estarme quieto, sin mudar de postura hasta la noche, en que desenredando el brazo derecho podría quedar en libertad; y respecto a los habitantes, con justa razón me consideraba de fuerza igual a la de los más poderosos ejércitos que pudieran oponerme, siempre que fuesen todos de la misma talla que los vistos hasta entonces. Pero la fortuna me reservaba una suerte muy diversa.

Luego que aquellas gentes notaron que no me movía, cesaron de despedir



flechas; mas por el murmullo que oía, advertí que se aumentaba su número considerablemente, y como a dos toesas de distancia de mi oído izquierdo sonaba un ruido que parecía de trabajadores.

(Continuará.)

CASCARILLA ES UNA ARDILLA



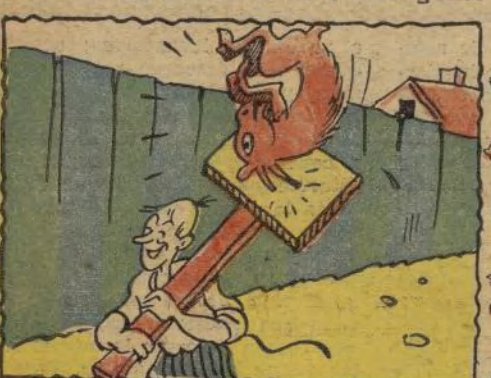
Cascarilla paseaba tranquilamente cuando acertó a ver un cartelito que avisaba a los transeúntes de un peligro



cierto: "En este barrio hay una cabra rabiosa. Se gratificará a quien la capture", decía. En aquel momento, Cascarilla



la vio venir hacia él al rabioso animalito en actitud poco tranquilizadora. Pero Cascarilla era decidido e inteligente



y halló el medio de capturar al rabioso animalito, marchando con su presa a cobrar la recompensa

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



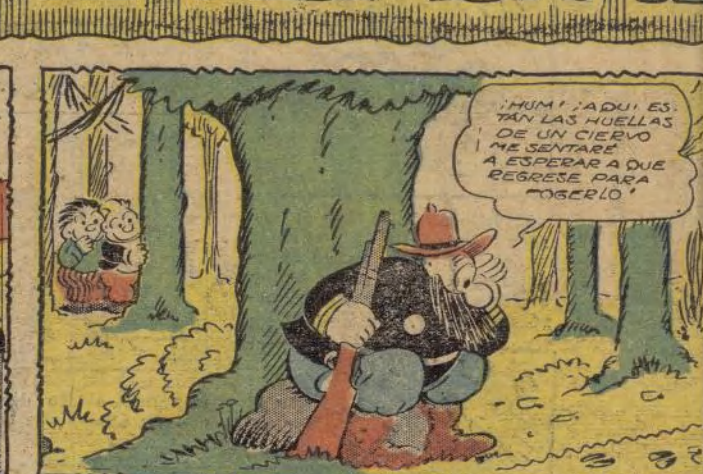
Terre-Moto rehusó jugar la partida de tute perrero que le brindaba el trío de la bencina y salió al monte a cazar un ciervo, desoyendo las burlas de los jugadores. "Ríanse, idiotas, ríanse—refunfuñaba—, que ya verán"



Al retirarle el biberón, el ternero quiso escapar, y el resultado del esfuerzo ternero fue un tirón morrocotudo a las barbas del capitán, el cual despertó más molesto que si le arrancasen un padrastrito tirando hacia el codo.



El choto echó a correr desesperado, arrastrando al capitán por las barbas, hasta llegar al sitio donde estaban los jugadores, en el momento en que, como de costumbre, Barba Cana se escondía en la chistera el "as de la pinta".



En un claro del bosque creyó descubrir las huellas de un ciervo cojo y bizco del ojo izquierdo; entonces se sentó a esperar el paso del animalito, con la misma paciencia con que los madrileños esperan al tranvía de Cuatro Caminos



"Quieta, fiera maligna—rugió Terre-Moto, más quemado que un quintal de cisco—; no tires de esa manera tan bestial y espera que me levante para patearte el hígado. ¡Quieto, te digo, inmundo animalito, hijo de cuadrúpedos!"



Los tuteritos consiguieron hacerse con el choto, mientras el dueño del animalito se querrelaba diciendo: "Me ha querido robar el choto; se lo contaré a la Policía". "Cuénteselo usted también a su abuela", rugió Terre-Moto.

TARUGO Y PERDIGÓN



Cansado de esperar se durmió apaciblemente, soñando que cazaba a un ciervo tan grande como una camioneta. Mientras tanto, Tarugo y Perdigon frababan una conspiración diabólica a costa del heroico cazador de ciervos.



Al oír insultar a sus papás, el ternero dió un berrinche de rabia filial, y alzando ambas patas a la vez, largó a Terre-Moto un par de coces en el estómago, que resonó como si tocasen diana en un tambor con el parche flojo.



Y en tanto que Trabucazo tranquilizaba al dueño de la bestia, mamá Tecla procuraba despegar las barbas del capitán, rociándoselas con agua caliente. El cazador bufaba, bramaba, rugía y sentía impulsos de ahogar en sangre su ira.

REPOLLO CARA DE BOLLO



Sin que se diera cuenta el capitán, le rociaron las barbas con cola y pegaron a ellas la punta del rabo de un inocente ternero, que, mientras le encolaban, se estaba dando un atracón de leche de vaca colorada.

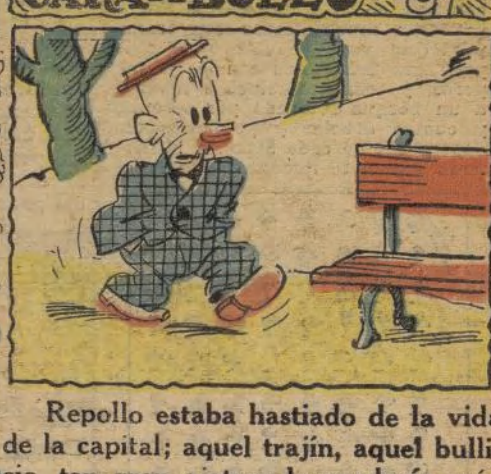


Y no contento con aquello, el ternero dió media vuelta, y bizcos los ojos de rabia, descompuesto y más feo que un insulto, se lanzó en "plongeon", sacudiendo al cazador un testarazo de padre y muy señor ternero nuestro.



Tres horas después, una sombra siniestra, armada de un retaco, paseaba sigilosa por el bosque. Era el capitán, que caminaba en busca de Tarugo y Perdigon, dispuesto al crimen y al asesinato, si los encontraba. (Continuará.)

REPOLLO CARA DE BOLLO



Repollo estaba hastiado de la vida de la capital; aquel trajín, aquel bullicio, tan gran ajeteo le producía más



cansancio que si estuviera acarreado bultos en la estación. Rendido de no hacer nada, nuestro hombre se encaminó



al parque del Silencio, dispuesto a echar una siesta "a modo". Cinco minutos después, Repollo roncaba como un ben-

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



—¡Chist! ¡A callar, repugnante cotorra! Hay que dejar que duerma el nene para que le crezcan bien las pestañas al pobrecito.



—¡Lástima y no le crecieran sabañones en las rodillas! ¡Qué asco de casa! ¡Me iré a otro sitio donde pueda cantar a gusto!



—¡Chist! ¡Silencio, asquerosa cotorra! ¡Como no me dejes oír la final, te chuto una bolea en la barriga que te mondo la tripa.



—¡Qué asco! ¡Pero qué asco de casa! Me voy a la calle, donde podré cantar sin molestar a esos cabezones de niños, que parecen cernicalos.



—¡Qué gusto! ¡Qué alegría! Me siento más feliz que si me hubieran regalado un traje en la doctrina. ¡Viva la libertad del libre canto!



—¡A callar, bicharraco inmundo! ¡No sabes leer? ¡Como sigas dando voces te pateo el mondongo, cara de borrico florentino!

AMENIDADES

Supongo que todos ustedes saben que en la América del Norte se estila mucho cazar con trampas. Una vez que estuve yo allí, pasé una temporada con los tramperos, y todas las noches íbamos a un bosque formado por sesenta y cuatro árboles y poníamos un cepo al pie de cada árbol. A la mañana siguiente teníamos que reco-



rrer todos los árboles para ver lo que había caído en los cepos, y procurábamos hacerlo con la mayor brevedad posible. Aquí está dibujado el plano del bosque; empezábamos a mirar los árboles por el que está junto al río, porque cuando iban allí los animales a beber, era más fácil que cayese alguno. Luego trazábamos en nuestra marcha veintidós líneas rectas, sin que ninguna fuese diagonal. Al llegar al final de la décima línea, era ya la hora del desayuno y nos sentábamos al pie del árbol que señalaba con la letra D, porque daba mucha sombra, y luego seguíamos nuestra exploración en la misma forma hasta llegar al árbol junto al cual teníamos nuestra cabana.

“¿Puede alguno de ustedes indicar aquí cuál era el trayecto que seguíamos?”



Entre los diversos artistas que han desfilado ante el micrófono de “Radio España” los jueves infantiles de JEROMIN, destaca esta simpática nenita de siete años de edad, llamada Carmela, que interpretando a “Teresa niña traviesa”, se ha revelado como una pequeña gran actriz.



¡Sí, sí, y qué maravilla de dibujo nos envía la nena de siete años, y madrileña, que se llama Angélica Corredor Sáez. Esa ovejita y esa flor casi tan grande como la oveja son todo un poema virgiliano. Decididamente, la nena Lita, como ella se firma, es una competidora de Murillo, pero con ventaja para Lita. Con ventaja como pintora y como simpática, porque Lita debe de ser extraordinariamente simpática.



¿Dónde están el director del circo y el payaso?

LOS NAUFRAGOS DEL “AIRO”

CAPITULO LIII

Ante la crítica situación, los tres hombres quedaron un momento suspensos. Por fin, Albani exclamó, dirigiéndose a sus compañeros: “La única solución que tenemos es que nuestro pequeño Picolo nos vea desde la isla, para lo cual encenderemos por la noche y por el día grandes hogueras en la punta más alta de



este islote.” Conformes en ello, bajaron de la cumbre, recorrieron la base de aquel cono volcánico y descubrieron una profunda cavidad, suficiente para librarlos de los rayos del sol, que eran ardentísimos. Enrique, que no se resignaba a la pérdida de la canoa, se dedicó a recorrer todo el contorno del islote, en espera de que la resaca hubiese arrojado la chalupa a algún recodo de las rocas. Pero perdió el tiempo, pues no vio más que malezas y arbustos, y aun estos tan pequeños, que no se podía intentar el hacer con ellos ni una balsa. Volvió, pues, muy desalentado de su visita de inspección y en unión de Marino se dedicaron a apilar gran cantidad de hojarasca, ramas y



arbolillos sobre la cumbre del islote. Así que se hizo de noche, el marinero, con gran emoción, sacó la yesca y el pedernal que siempre llevaba consigo, y que se habían preservado de la humedad por ir encerrados en una cajita de metal, y prendió fuego a las ramas, que arrieron, elevando al espacio una enorme llamarada. Y su ansiedad creció al punto, pues observando en dirección a la isla, vieron brillar muy a lo lejos una lucecita que no podía confundirse con ninguna estrella. Era otra hoguera que habían encendido en la isla.

“¡Bravo, mi querido pequeño—exclamó el honrado marinero con lágrimas en los ojos—. Vea usted, señor Albani, cómo ha compren-

dido que somos nosotros y nos contesta.” En aquel momento la lucecita de la isla se apagó súbitamente. Los naufragos se miraron desconcertados. Si Picolo había visto su hoguera, ¿por qué apagaba el fuego? ¿Se habrían engañado respecto a la significación de las señales? Muy intranquilos se retiraron a dormir y ningún suceso vino a turbar su sueño. Por la mañana el mar había vuelto a encalmarse. Comieron unas docenas de ostras y se sentaron con paciente resignación a esperar que llegase la noche para repetir las señales luminosas, ya que nada podían hacer en aquel árido e inhóspito islote. Al llegar la noche volvieron a subir al cono los tres naufragos, llevando consigo grandes brazos de leña. Encendieron ésta y miraron con gran ansiedad hacia la isla, en espera de ver surgir



una señal que les hiciera comprender que habían sido descubiertos. Una hora transcurrió de mortal espera, y de pronto, allá a lo lejos, en la isla, se elevaron una, dos, tres, hasta cinco grandes hogueras, distantes una de otra unos cien metros.

Los naufragos se miraron con emoción contenida. Ya no había duda. El valiente muchacho sabía que sus compañeros estaban en el islote. Pero ¿podría hacer algo para salvarlos? Durante dos horas continuaron haciéndose señales entre la isla y el islote. Los naufragos no comprendían cómo el pequeño Picolo se había dado cuenta tan pronto de que eran ellos. Algo misterioso e inexplicable había en todo



aquello; pero no iba a pasar mucho tiempo sin que quedaran resueltas sus dudas y aclarados todos los misterios. Las hogueras continuaron durante toda la noche, como luces de salvación.

Fin del capítulo LIII



RESUMEN DE LAS ULTIMAS JORNADAS

El domingo se jugaron cuatro interesantísimos partidos correspondientes a nuestro gran campeonato infantil de fútbol.

Destacó el jugado en el campo del Alcántara entre los primeros equipos del Recreativo Sagrado Corazón y la Sportiva San Miguel, que concluyó con la victoria de los segundos, por dos tantos a uno. Fue un verdadero partido de campeonato; duró, competido y siempre jugado con una gran nobleza y corrección por ambos onces, excepto por el medio centro de la Sportiva San Miguel, que fué expulsado del terreno de juego por el árbitro y a quien el Comité ha decidido descalificar.

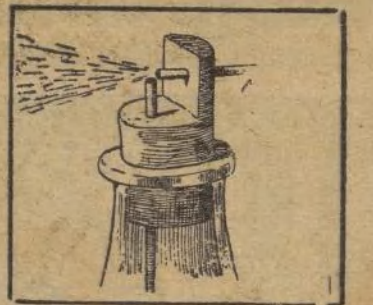
El Pilar F. C. se impuso por su mayor peso, sobre los pequeños de la Peña Dorada, que siempre se comportaron con bravura y sin desmoralizarse ante la talla de sus enemigos. El Club Deportivo Piscis, que sigue como uno de los favoritos, venció brillantemente al notable conjunto de la “Unión Católica”, y el Deportivo Mercurio que tan brillante papel ha venido haciendo durante el torneo, no pudo resistir a los chicos del Volanda, que en marcha ascendente hacia la final, doblaron el difícil escollo.

Para el domingo 27, se anuncia un interesantísimo acontecimiento, que tendrá lugar en el campo del Piscis, a las nueve de la mañana; es este el primer partido de entrenamiento de la selección madrileña infantil. Contenderá dicha selección contra el potente conjunto del Piscis, que hará de equipo entrenador. Los seleccionados en principio, son: Guardametas: Deportivo Domingo, Savio y Alcántara; Defensas: Asilo Vallehermoso; Medios: Alcántara, Ibérica, Deportivo Estudiantil y Deportivo Chamberí; la delantera la integrarán jugadores del Volanda, Asilo Vallehermoso, Sportiva San Miguel, Sagrado Corazón, Alcántara e Ibérica.

Todos los jugadores, debidamente equipados, deberán presentarse en el campo del Piscis a las ocho y media de la mañana. La selección madrileña jugará en Madrid varios partidos contra los infantiles del Madrid y Athletic, haciendo después una “tournee” por provincias.

Existe una verdadera expectación por conocer cuál será el definitivo equipo de la selección madrileña infantil, que ha de hacer JEROMIN con todo cariño.

PASATIEMPOS



UN PULVERIZADOR BARATO

Cuando se necesita un pulverizador y no se tiene ninguno en casa, no es necesario comprarlo; con un frasquito, un corcho y un par de cañones de pluma o de pajitas huecas como las que se usan para tomar horchata, queda arreglado el aparato. Se corta el tapón de corcho en la forma que indica el dibujo, y después se meten en él las pajas o cañones de plumas, como se ve aquí representado. Soplando por A, el líquido saldrá en forma de rocío como en los más excelentes pulverizadores.

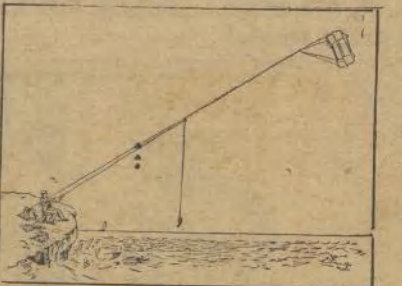


A ver si sabéis vosotros a dónde se encamina ese niño. ¿Al campo? ¿A la escuela? ¿Al parque? ¿A la playa?

PESCAR CON COMETA

Hace mucho tiempo que se viene encontrando a la cometa aplicaciones que seguramente no soñaba el que inventó este juguete. La última de estas aplicaciones, ensayada en Ramsgate (Inglaterra), consiste en pescar con cometa.

A primera vista, la cosa parece ridícula y de poca utilidad; pero



plense cualquiera lo que represente poder enviar a centenares de metros de la costa un anzuelo sin necesidad de arriesgar la vida en una frágil barquichuela, y se convendrá en que este nuevo pasatiempo es más práctico de lo que parece.

Para este nuevo género de pesca, se echa la cometa desde lo alto de cualquier roca, teniendo la cuerda arrollada a un pequeño torno, pues es preciso conservar las manos libres. El grabado explica lo demás. Una vez que el anzuelo ha entrado en el agua, en cuanto pica un pez, se tira del sedal para levantarlo en alto, y en seguida se recoge la cometa y con ella el pez capturado. El sistema es un poco lento, pero seguro, y además muy divertido como pasatiempo.



Casimiro González, de Jerez de los Caballeros, es una cosa muy seria, pero que muy seria. Véase el motivo que tenemos para afirmarlo, que es el contemplar ese precioso dibujo que nos remite,

EL REY DEL SILENCIO

En el reino de Adamán gobernaba un rey que era amante decidido de la concreción y del silencio. Gustaba de los hombres que hablaban poco, y su lema era el de "poco hablar y mucho hacer", lema que ondeaba en todas las enseñas y banderas del país.

Este rey, cabizbajo y retraído, tenía



una hija que era linda como una rosa y alegre como el caer del agua en las tazas de cristal de los jardines de palacio. Cuando la princesita llegó a la edad de contraer matrimonio, su padre el rey pidió consejo a los sabios del reino, que tenían formada una academia, a la que todos conocían por el nombre de "Academia del silencio", y éstos le aconsejaron, en poquitas palabras, que eligiese aquel de los hombres que se hiciera acreedor al título del Rey del silencio, ya que éste era la virtud favorita del reino.

Cien aspirantes a maridos se presentaron, y entre ellos debía disputarse el premio. Pero cuando ya estaba cerrado el plazo de admisión de concursantes, se presentó un joven modestamente vestido, que llegaba de lejanas tierras para aspirar a la mano de la linda princesita. El rey, a quien le había impresionado la buena postura del mancebo, quiso ha-



cer comprender a éste cuánto sentía no poderle admitir ya, puesto que las cien plazas de concursantes estaban cubiertas.

El rey—siempre amante del silencio y de la concreción—dióse pronto cuenta de las dificultades que tenía que vencer para decir en pocas palabras que tenía que negarse al deseo del desconocido; pero como era sabio e inteligente hizo llevar al salón del trono una gran copa de finísimo cristal y llenó el recipiente hasta el mismo borde, de tal manera que no cabía ni una sola gota más, y caso de que se echase esta gota, el agua se derramaría. De esta ingeniosa manera, el sabio rey iba a decir sin palabras al joven que no podían acceder a admitirle por no haber cabida para ello.

El soberano mandó pasar al mancebo y con majestuoso ademán le señaló la gran copa llena hasta los bordes. El muchacho quedó un instante pensativo; luego avanzó graciosamente, y llegándose a un ja-

rrón lleno de rosas, arrancó el pétalo de una y, llegando hasta la copa, lo puso encima, sobre el agua, y con tal suavidad, que no se derramó ni una sola gota del líquido.

Ante esta respuesta silenciosa, tan fina y de tanto ingenio, el rey no pudo menos de sonreír muy complacido y estrechó la mano del desconocido, en señal de que le admitía entre los pretendientes. Conforme ya en todo, se anunció el torneo, y el jurado decidió que el concurso fuera el pronunciar un discurso cada uno de los pretendientes. Pero, precisamente, cada concursante tenía que hablar el menor número de palabras posibles y elogiando al resto de sus rivales.

Como veáis, la cosa era un tanto peliaguda, pues el pronunciar un discurso enalteciendo a sus enemigos y en breves palabras, era algo muy difícil. Muchos de los príncipes se retiraron antes de comenzar, y otros se lanzaron a pronunciar discursos de larguísima extensión,



hasta el momento en que los miembros del jurado acordaron suspender el concurso, porque ninguno de los participantes se ceñía a las más elementales normas de concreción. Entonces, el mancebo últimamente llegado hizo valer sus derechos para concursar, y aunque los sabios del reino estaban cansadísimo, no tuvieron más remedio que examinar al orador "silencioso".

Este se adelantó al centro del estrado, y en una pizarra escribió esto: "Concursantes, 100" y después delante del ciento escribió un cero, indicando de esta manera que la princesita era el uno, los concursantes los ceros y, por lo tanto, los que daban valor al concurso, y el cero puesto delante del 100, que no quitaba ni añadía valor a la cantidad, era el propio concursante, que se reconocía sin ningún valor ante el resto de sus compañeros.



De toda la asamblea surgió un ¡oh! espontáneo de admiración. Decididamente no podía pronunciarse más lacónico discurso y que más enalteciera a los cien concursantes. El rey concedió de buen grado la mano de su hija, y el mancebo y la princesita se casaron, y vivieron felices y contentos muchos años.

LOS TRES AVENTUREROS

CONTINUACIÓN



Capítulo XIV

El león se lanzó sobre Boston, derribándole al suelo. Ya levantaba la zarpa la fiera sobre el desgraciado, cuando otros dos disparos certeramente dirigidos dieron en tierra con el animal, que cayó a tierra entre horribles convulsiones. Los dos pequeños se dirigieron hacia el noble negro que yacía sin conocimiento, mientras "Leal" mordía furiosamente el cuerpo inerte del león. Unos



minutos después se reanimaba el atleta, que sólo había sufrido algunas contusiones. Advertidos ya de que aquellas tierras eran peligrosas, los tres aventureros prosiguieron su avance, arma al brazo, a través de la manigua y extremando las precauciones. En un claro del bosque, Polo tuvo la fortuna de derribar de un balazo a un cervatillo, y los tres amigos comieron tranquilamente al amparo de unos árboles frondosos. Estaban perdidos en la selva virgen y desconocida, pero



contaban con armas y municiones, y en sus pechos valerosos no se albergaba el miedo. Para librarse de las acometidas de las fieras, decidieron construir, con ramas y maleza, una choza en aquel claro del bosque, donde pensaban acampar, ya que a unos metros corría un fresco arroyuelo y parecía abundar la caza. Toda la tarde la emplearon en la construcción de la vivienda, y al llegar la noche habían construido una tosca, pero sólida habitación. Turnándose en las guardias, trans-

currió la noche, sin que nada alterase la paz del campamento. De madrugada, Polo salió a dar una vuelta de inspección. El muchacho, acompañado de "Leal", caminaba entre la espesura. Se habría alejado unos tres kilómetros del campamento, cuando unos ruidos, como de voces humanas, pusieron en tensión sus nervios. Como a medida que avanzaba hacia el frente sentía más cercanas las voces, prosiguió su camino, arrastrándose entre las malezas, para no ser visto por los des-



conocidos, que muy bien podrían ser enemigos. De esta forma llegó hasta el borde de un precipicio y miró abajo, viendo, con asombro, que en el fondo, allá en el valle, se elevaban tiendas cónicas de extraño y misterioso aspecto. Mirando más fijamente, descubrió unas figuras que se agitaban alrededor de las tiendas. En las cabezas se adornaban con plumas multicolores; eran negros, e iban desnudos de la cintura para arriba. Pero de

pronto un escalofrío recorrió su cuerpo. A lo largo de aquel misterioso pueblo acababa de descubrir unos postes con calaveras humanas, clavadas en los extremos. Instintivamente no pudo reprimir un movimiento de terror. Sin duda alguna que aquellos extraños seres debían de ser una de las feroces e inhospitalarias tribus de antropófagos del África. Rápidamente inició el regreso. ¿Descubrirían aquellos caníbales a sus compañeros?

AVENTURAS DE DON SIMPLÓN Y DINAMITA

EL PERRO COMPINCHÉ, DE DINAMITA SE HA CAPTADO LA ESTIMACIÓN DEL SEÑOR DON SIMPLÓN DESDE QUE EL SEÑOR DE UNA EXPOSICIÓN CANINA AFIRMO QUE ÉSTE NO ES UN PERRO MESTIZO, SINO UN MAGNÍFICO ESTRELLAR DE "PERRO OVETERO" Y LE ADJUDICÓ UN PREMIO DE 250 PESETAS. LA SEMANA PASADA DESAMOS A DON SIMPLÓN MUY ENOJADO, HABIENDO POR TELÉFONO.



ANDANZAS DE GATO FELIX



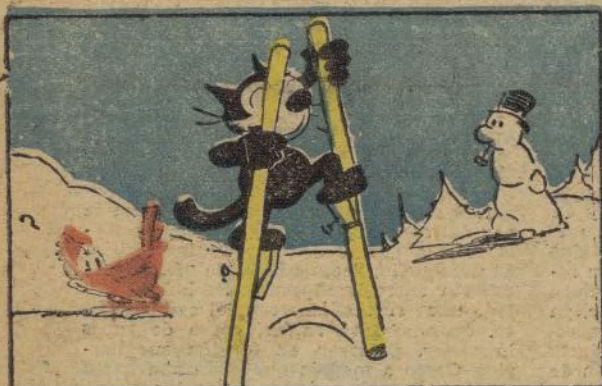
En compañía de Bimbete, Félix había ido a la sierra, y en la ventana del albergue vislumbró una botella de leche de burra de Vicálvaro, que era su bebida favorita en los días de nieve.



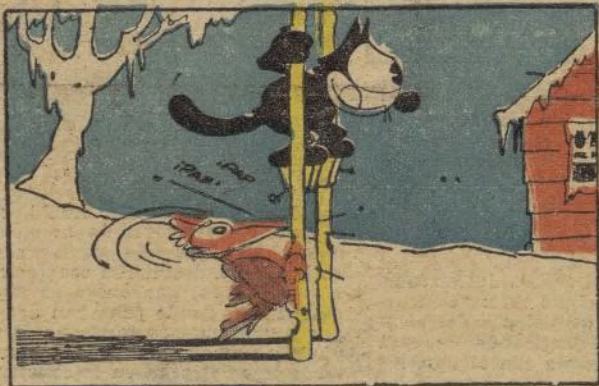
Pero la botella estaba fuera del alcance de sus garras, y Félix, decidido a birlar la botellita, salió raudo, como el tranvía de las Ventas, en busca de algo con que agenciarse la leche de jumenta



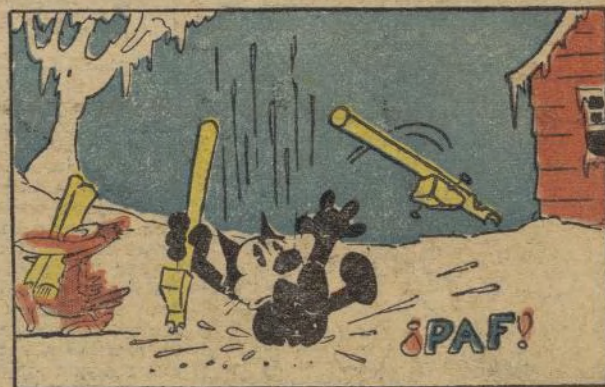
Con la misma habilidad que tocan la ocarina todos los que se llaman Felipe, nuestro gato se fabricó en dos quintos de segundo unos magníficos zancos, a los que sólo faltaban dos ruedas para parecer una bicicleta.



Contento y satisfecho se dirigió al albergue, cuando acertó a pasar junto a un pájaro carpintero que llevaba ya tres meses en paro forzoso y estaba deseando darle que hacer al pico.



Como, a pesar de la lotería del 11 de mayo, el pájaro carpintero seguía sin trabajo, vió en aquella manera una gran oportunidad para emplear sus reconocidas facultades de aserrador



Y ya a unos metros del albergue, Félix entró en barrena inesperadamente, haciéndose polvo en... salva sea la parte. La parte que era precisamente la que no se había salvado del golpe.



Con una cara como para pedirle un favor, Félix regresó a su casa, maldiciendo y renegando de aquel odioso pajarraco. De pronto atisbó con alegría un trabuco naranjero que había olvidado en la casa



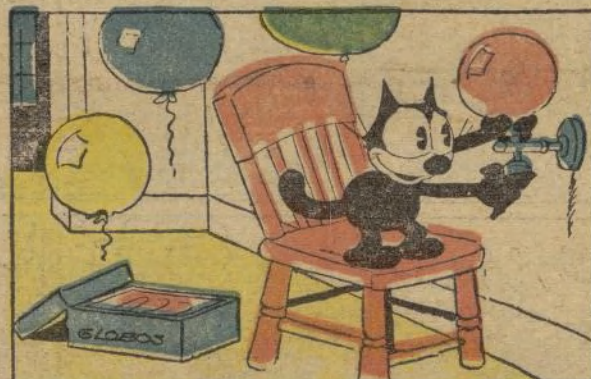
Metió una bala de gran calibre y salió dispuesto a cazar alguna ave con la que poder almorzar, en sustitución de la leche de burra que había perdido por el desgraciado accidente de los zancos movedizos



Pronto atisbo una bandada de gansos viudos, que volaba a gran altura, y, ¡pum!, ¡pum!, soltó un trabucazo y esperó a que cayera el ganso, que cavó, como podéis ver; pero fué la bala.



Hambriento y molido regresaba al pueblo, cuando vislumbró en una juguetería unos globos que vendían a realito la docena. Una idea eléctrica, o sea luminosa, surgió al instante en su imaginación.



Con el gas de la cañería fué inflando los globos, dispuesto a poner en práctica aquella idea magnífica que se le había ocurrido para dar fin a los malditos patos del fatal trabucazo



Y con el cesto de la ropa y los globitos se fabricó un globo que envidiaría Montgolfier y en el que había de correr, por capricho del destino, su más emocionante aventura.

(Continuará.)